

«Está totalmente prohibido bajar a la zona de vías.»

Sentado en un banco del andén, levantas la vista más allá de tus zapatillas y compruebas cómo todas las personas que te rodean cargan con enormes bolsas de regalo. Demasiado grandes para su cuerpo y para sus ganas de llevarlas, parecen hormigas que logran arrastrar mendrugos de pan o pequeños diamantes de caramelo hacia su colonia.

«Está totalmente prohibido bajar a la zona de vías.»

¿Quién lo dice? ¿La señora con peinado de científico loco que cinco minutos antes se ha tomado la licencia de decirte «átatelos que te caerás» como si todos los hombres del planeta con los cordones desatados fueran sus nietos? ¿De quién es esa voz engolada de vendedor de teletienda? ¿Tienes ganas de tirarte a las vías? Quizás alguna vez te has sentido tentado, pero te parece algo excesivo que un desconocido elucubre con una cuestión tan definitiva. No siempre piensas en este tipo de cosas, pero esta noche, con los nervios crispados por la resaca atenzándote el cogote, la tormenta inesperada y las promesas por cumplir, no es como las demás. La estación de metro está atestada de figurantes tan sumisos que serían capaces de acatar cualquier orden: morderse el codo, escupir hacia arriba, tirarse a las vías. Hoy deben volver cuanto antes a sus casas porque esta noche trabajan, y además pagando, al servicio de sus majestades los Reyes Magos.

TÚ tienes otra misión que deberías cumplir con el valor que se les presupone a los soldados: vas al encuentro de tu yo pasado y de aquellos que estuvieron contigo el día del ritual. En un parque acuático abandonado, la borrasca convertirá a tus amigos de infancia, fabricados de la misma materia pero con acabados diferentes, en las diferentes variedades de helados de una sola marca. Baratos, siempre en venta, ateridos de frío, criogenizados en el tiempo: congelados en este invierno laboral y sentimental.

Llevas solo una moneda, porque las otras dos las gastaste en el billete y la cartera la olvidaste en una casa a la que preferirías no regresar por el momento.

En el andén, una chica desabrocha con una mano el primer botón de su abrigo amarillo canario mientras usa la otra para hablar por un móvil del mismo color. De proporciones perfectas y pelo recogido en una cola de caballo que va a morir más allá de los omóplatos, se te antoja un enorme polo de limón, apetecible incluso en estas fechas.

Ñam.

«Está totalmente prohibido bajar a la zona de vías.»

Una frase demasiado presuntuosa, sin duda.

*Pasa a la página 2.*

Parece el desembarco en Normandía.

Pero con civiles espídicos.

Empapadas, unas cincuenta personas con los ojos fuera de las órbitas entran en la estación en tromba trajinando racimos de bolsas.

Las manos de los niños rebosan caramelos y sus pequeños hombros cargan caspa multicolor. Algunas madres parecen versiones de aquella bruja electrónica de la televisión que las educó cuando tenían la misma edad que ahora sus hijos: extensiones en el pelo como tiras de serpentinas. La tormenta los ha expulsado de la cabalgata.

No puedes ver el abrigo amarillo que te había entretenido durante los segundos previos.

Su propietaria se ha esfumado envuelta en ese primer tumulto. El bochinche ha arruinado esa alucinación feliz.

Te pones triste. Aunque no tan triste como para desobedecer a la voz y tirarte. Ese tipo de gimoteo artero, los ojos entornados y el ensayo de puchereros, cuyo fin no es otro que el de seducir a una chica.

Te ahorras el riesgo de subir a un vagón abarrotado de tipos empapados hasta el tuétano.

Cuando el metro abandona la estación, escuchas un sonido. No sale de megafonía. Te vas acercando hasta que distingues la letra: «Blanca, coge el teléfono; Blanca, te están llamando». Un politono con ritmo y melodía de villancico, que la chica del abrigo canario debió ponerse una noche por hacer la broma y que olvidó cambiar. Una chanza que te puede ser útil. El móvil amarillo que emite esa melodía parpadea en la oscuridad de la zona de vías. Titila como una luciérnaga entre la pinaza de un claro del bosque.

¿Es realmente Blanca la chica del abrigo canario?

¿Está Blanca igual de buena por delante que por detrás? ¿Resiste la magia de su portento una segunda opinión? ¿Es Blanca reversible?

¿Realmente te apetece ir al campo a desenterrar una Cápsula del Tiempo a pesar de la obstinación ciega de esta nevada?

¿Vas a bajar a coger el móvil?

¿Tienes alguna razón para hacerle caso a esa voz categóricamente ridícula que te dice «totalmente prohibido»?

*Si bajas a la zona de vías, pasa a la página 105.*

*Si vuelves a tu banco y te sientas, pasa a la página 158.*